

nº  
02

## DE LAS IDEOLOGÍAS A LA EXPERIENCIA DE LO REAL

PREPUBLICACIÓN

Prepublicación del número 2 de *Relecciones*

RESEÑA DE

**“¿El fin de la historia? Y otros ensayos”  
de FUKUYAMA, Francis**

Reseñado por  
ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro

# ¿El fin de la historia? Y otros ensayos

Autor / Author

FUKUYAMA, Francis

Editorial / Publishing company

Alianza Editorial, el libro de bolsillo, Madrid, 2015, 164 pp.

Seguramente no es casualidad que Alianza Editorial recupere para el público español en 2015 dos textos clásicos, acompañados de estudios críticos y ensayos posteriores, como *El final de la ideología*, de Daniel Bell y *¿El fin de la historia?* de Francis Fukuyama. Ambas obras son reseñadas en este número de *Relecciones*, cuyo leitmotiv es –pocas casualidades caben ya– *De las ideologías a la experiencia de lo real*.

¿El fin de la historia? ¿El fin de las ideologías? ¿El triunfo del liberalismo frente al socialismo? ¿El acuerdo en torno al modelo europeo de una economía mixta? El tema no era nuevo en 1989, cuando Fukuyama escribió el artículo que le dio fama y repercusión mundial. Podría decirse que el tema estaba algo pasado de moda, tras el impacto del Congreso sobre el Futuro de la Libertad (Milán, 1955) y los escritos de Raimond Aron (*L'opium des intellectuels*, 1955), Edward Shils ("The End of Ideology?", *Encounter*, 1955), Seymour Martin Lipset ("The End of Ideology?", *Political Man. The Social Bases of Politics*, 1959) y Daniel Bell (*The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, 1960).

Aunque estos autores han sido criticados desde todos los ángulos posibles, sus obras resultan necesarias para entender la política de la segunda mitad del siglo XX. Son textos a los que acudir cuando Occidente redescubre el poder transformador y desestabilizador de las ideologías bajo las formas de nuevos nacionalismos, movimientos étnicos, primaveras árabes, partidos radicales y fundamentalismos religiosos.

El pensamiento liberal-conservador de la Europa actual parece haberse creído lo del fin de la historia y sus programas políticos se ajustan a la profecía de Fukuyama: "La lucha [...] que requería audacia, coraje, imaginación e idealismo se verá reemplazada por el cálculo económico, la interminable resolución de problemas técnicos, la preocupación por el medio ambiente y la satisfacción de las sofisticadas demandas consumistas" (100).

La edición de este volumen está a cargo de Juan García-Morán Escobedo, especialista en Filosofía Política y Filosofía de la Historia y profesor colaborador en la UNED. Él se encarga de la presentación de la obra, de la nota biográfica sobre Francis Fukuyama y de la selección de textos del autor, que son los siguientes: "¿El fin de la historia?" (publicado

originalmente en *The National Interest*, nº 16, 1989); “Reflexiones sobre El fin de la historia cinco años después” (aparecido por vez primera en *After History? Francis Fukuyama and his Critics*, 1994); y el Epílogo a la segunda edición en rústica de *El fin de la historia y el último hombre* (2006), obra de más de 400 páginas en las que Fukuyama, después de innumerables críticas y de haber adquirido fama mundial, trata de fundamentar normativa y empíricamente la tesis expuesta en su famoso artículo.

El notable ejercicio de selección mantiene el foco en las tesis centrales de Fukuyama y, desde ahí, repasa: sus fundamentos filosóficos, el desarrollo histórico que le llevó a escribir su artículo, las críticas más conocidas que ha sufrido durante casi dos décadas y las refutaciones que Fukuyama ensaya contra los acontecimientos históricos que, desde 1989, nos invitan a pensar que su predicción fue equivocada.

La presentación de García-Morán (9-49) es un gran ejercicio de explicación de las tesis de Fukuyama que nos purifica de interpretaciones precipitadas; sin embargo, parece atrapada en las propias tesis del autor estudiado. Eso hace que el conjunto del libro pueda parecer una tautología: una vez aceptamos la definición teórica del autor sobre la “ideología” y la “historia”, caminamos irremediabilmente hacia la confirmación de su hipótesis.

El título de la presentación: “*El gran relato rehabilitado: Francis Fukuyama y El fin de la historia*” no aplaca nuestras dudas sobre si el relato de este pensador estadounidense es el más luminoso para comprender los últimos siglos de nuestra historia, pero subraya algo importante: la anunciada muerte de las *grandes explicaciones sobre el hombre* se ha revelado falsa: seguimos necesitando una explicación cabal, comprensiva y coherente de nuestra historia, aunque sólo sea para poder medirnos con ella y vincular así nuestra intrahistoria cotidiana con una tarea o un ideal mayor que nosotros mismos.

Como ya apuntamos, la idea del “fin de la historia” no es nueva. ¿A qué se debe el éxito de este artículo? Uno de los factores es externo: apenas unos meses después de la publicación cae el muro de Berlín, acontecimiento histórico que simbolizó de inmediato el fin de la Guerra Fría. Los otros ingredientes, internos, exigen una mayor explicación.

Un factor que seguramente desató las pasiones de los críticos es el desplazamiento semántico de la expresión “ideología”. Para Fukuyama, las ideologías son “grandes concepciones unificadoras del mundo”, por lo que, bajo ese término, quedan englobadas “la religión, la cultura y el conjunto de valores subyacentes a cualquier sociedad” (63). Esta definición acarrea demasiadas consecuencias, que lastran toda la reflexión.

Para Marx y sus seguidores la ideología se contrapone a la ciencia y consiste en una doctrina falsa que se impone sobre el conjunto de la sociedad para legitimar las estructuras de poder establecidas. Para los autores formados en esta tradición, el artículo de Fukuyama es necesariamente ideológico, en el triple sentido de falso, instrumento del poder constituido y contrarrevolucionario, por tratar de frenar el advenimiento del *verdadero* final de la Historia.

Para el pensamiento liberal-conservador, la ideología es una doctrina política sistemática y totalizante que se impone al conjunto de la vida social mediante un programa político aplicado mediante ingeniería social; es decir, que la ideología se opone a la verdadera política, entendida como el arte de organizar la convivencia conforme al debate racional sobre problemas concretos. Para los autores formados en esta otra tradición, el triunfo de la democracia liberal no es un triunfo ideológico, sino político y no parece fácil asegurar que sea un triunfo definitivo.

Al margen de esta polémica conceptual, las consecuencias de identificar el término

“ideología” con cualquier concepción unificadora del mundo son terribles, porque esa definición nos impide distinguir entre: a) concepciones políticas diseñadas para transformar la sociedad o legitimar el poder; y b) explicaciones más o menos comprensivas del mundo que pretenden encontrar sentido a la vida de los hombres y los pueblos. Eso hace que en el planteamiento de Fukuyama queden difuminadas distinciones clave, por ejemplo, entre política e ideología, religión e ideología, cultura e ideología, arte e ideología o filosofía e ideología.

Todo esto se agrava cuando además Fukuyama sostiene que el “liberalismo occidental” – cabe entender, frente a toda forma de política, religión, cultura, o filosofía– supone “el final de la evolución ideológica de la humanidad” (57). Esto le permite predecir, al final de su artículo, que ya “no habrá arte ni filosofía, sólo la perpetua conservación del museo de la historia humana” (100).

Otro de los aspectos controvertidos de su artículo tiene que ver con su propia concepción de la “Historia”. Esta cuestión queda mejor iluminada con los otros textos recogidos en este volumen. Fukuyama utiliza la palabra “historia” en un sentido técnico y muy restringido, pero no podía obviar que ese significado fuera rápidamente extrapolado al sentido habitual con el que lo entienden no ya el común de los mortales, sino la mayor parte de los académicos, en su campo y otros afines, empezando por los historiadores.

Para Fukuyama, la Historia es lineal y progresiva, tuvo un principio y tiene un final. Este final prescrito o determinado, si bien él gusta de posicionarse en un “determinismo débil” para conceder la existencia de “vastas discontinuidades” (118). El principio de la “Historia” viene marcado por el aparecer del “método científico”, que procede linealmente y por acumulación y que se despliega a través de un doble proceso: el dominio técnico del hombre sobre la naturaleza y el deseo del hombre de “reconocimiento”. Ambos procesos son “motores” de la “Historia” y culminan con el triunfo de la democracia liberal y del sistema de mercado (114 y ss). Esta explicación se fundamenta en “dos argumentos”: uno “empírico” –la sucesión de hechos históricos– y otro “normativo” o “teórico” (102-103) que habla de “lo que *debiera ser*” (107) no sólo en el sentido moral, sino en de su realización fáctica –al modo utópico del marxismo, sólo que justo al revés–.

Cuando Fukuyama refuta a todos los autores críticos con su visión lo hace desde estos postulados y, por lo tanto, siempre tiene razón. Para poder discutir su propuesta habría que revisar su concepto de historia, marcadamente ideológico en el sentido de falso y totalizante reconocido tanto por el marxismo como por la tradición liberal conservadora. Es decir: discutir sobre “el final de la historia” tiene sentido sólo si por “historia” entendemos algo más que el desarrollo del liberalismo surgido a finales del XVIII y triunfante en el siglo XX.

Su definición restrictiva del concepto de “historia” es siempre lo primero que Fukuyama debe explicar cuando responde a sus críticos y a infinidad de presuntos lectores, sin duda mal informados. Ese juego de extrapolación es también clave para comprender la fama del autor –y tal vez su sentido del humor– en esta postmodernidad de titulares. Así, la historia de “¿El fin de la historia?” es interesante no sólo para la Filosofía Política, sino para la Teoría de la Comunicación Social. Pero el desarrollo de esta idea habrá que dejarlo para mejor ocasión.

Es verdad que la moderna noción de historia es muy diferente de la antigua, por estar fuertemente marcada por la idea de progreso, fruto del descubrimiento del método científico. También es cierto que la historia europea de los siglos XVIII al XX puede leerse –asumiendo que es una lectura parcial– como el nacimiento y el enfrentamiento de dos grandes ideologías. También es plausible considerar que la búsqueda de reconocimiento y, todavía más, de la

propia dignidad e identidad, es uno de los motores perennes en la historia de los hombres. Pero todo eso no empezó en el siglo XVIII, ni está resuelto en las actuales democracias liberales.

Debemos recordar también que la idea de que la historia no es cíclica, sino lineal, y que tiene por lo tanto un principio, un final y un sentido en estrecha relación con la realización de las aspiraciones más altas del ser humano no es moderna, ni necesariamente determinista. Es una antigua creencia del pueblo judío que tiene no tres, sino 40 siglos de historia. Esa idea es heredada por los cristianos y sobrevive al proceso de secularización de los últimos siglos.

En este otro contexto, más amplio tanto empírica como formalmente, la “Historia” no es un campo de batalla entre ideologías que tratan de imponerse unas a otras; sino una aventura de amor entre Dios y los hombres. Esta idea es una explicación global y comprensiva de la Historia. Tal vez no sea cierta, pero no es una ideología, ni una imposición, ni cierra el desarrollo de la filosofía, el arte o la teoría política; más bien es el lugar en el que han crecido los mejores logros de la historia de Occidente, incluidas la ciencia moderna, la democracia liberal, los sindicatos, la abolición de la esclavitud, los derechos universales y la noción de la dignidad inalienable del ser humano, que dista mucho de ser completamente respetada en las actuales democracias liberales.

Dado que es una historia de amor, no está determinada, sino recreada y actualizada mediante la concordia de nuestras libertades; y aunque no sabemos ni el día ni la hora del final de esta historia, sí sabemos qué hacer, día a día, para construir un futuro mejor y para mantener viva la esperanza.

A pesar de su debilidad teórica, la relectura de Fukuyama es relevante porque refleja la voz de una generación y pone palabras al espíritu anémico de la política europea, que aún no ha digerido la emergencia del radicalismo de izquierda en Grecia y España. Parece que aún estamos lejos de “esa perspectiva de siglos de aburrimiento al final de la historia” (101). ■

**ABELLÁN-GARCÍA BARRIO, Álvaro**

Universidad Francisco de Vitoria  
 Madrid (España)

# Re lectio nes

[www.relecciones.com](http://www.relecciones.com)



Universidad  
Francisco de Vitoria  
UFV Madrid